

1) VULGARIZANDO CONCEPTOS

Si la génesis de las personas, como de las instituciones, condiciona el proceso biológico de las mismas, tendremos que empezar por aclarar lo más posible el genuino concepto de "Educación", aunque se nos tache de vulgares arcaizantes. ¿Qué significa "Educación"? Con este término sucede lo mismo que con otros de uso frecuente y aparente sencillez en su significado: que cuando queremos enunciarlos lo embrollamos y enredamos todo por parecernos demasiado simplista el concepto útil y manual.

Así en nuestro caso: "Educación" es la acción de "educar", voz derivada de la latina "educare", y ésta de "educere", primera raíz que nos da el más autorizado significado de **guiar hacia fuera, desenvolver, desarrollar**. Se trata, pues, de hacer acto de la potencia, realidad la posibilidad, fruto el germen, de despertar y hacer sonar bellamente las cuerdas dormidas del arpa. Hay que contemplar al hombre en su total composición, espiritual y material, desarrollándolas —educándolas— en armonía al específico predominio de la una sobre la otra.

"Instrucción", acción de "instruir, asentar y levantar sobre algo, edificar; y "enseñanza", acción de "enseñar", operar sobre signos determinados, aleccionar, adoctrinar, son conceptos específicos, partes integrantes del todo genérico "educar".

2) SUJETO EDUCACIONAL

¿Quién debe educar? Los padres, sus representantes, los maestros, el Estado, la sociedad entera.

Por imperativo natural, los padres son los primeros educadores de sus hijos. Esto, que parece otra vulgaridad, tiene una importancia que hay que vindicar. Los estatismos de toda índole despojan a los padres de esta prerrogativa —derecho y deber— que les ha dado la naturaleza, adjudicándose en exclusiva la facultad de educar a los ciudadanos desde niños. ¿Por qué? Porque en su credo totalitario reza la monstruosa aberración de que el individuo es para el Estado y no el Estado para el individuo.

El comunismo suplanta a los padres en la educación de sus hijos porque considera al hombre como una simple pieza en la todopoderosa máquina estatal, no como individuo de personalidad y responsabilidad propias. Sin embargo, al cabo de cincuenta años de ensayo comunista, una de las graves fallas que ha acusado el sistema ha sido ésta de la educación. Por eso ha dado marcha atrás y trata ahora de autorizar y robustecer **la institución familiar**. Y hoy en la familia comunista rusa se da, por regla general, más moralidad que en muchos hogares de nuestra cacareada civilización cristiana occidental, aunque el comunismo no propicie tal moralidad por razones trascendentes religiosas...

Esta primaria y natural facultad de educar a sus hijos no es algo potestativo u opcional que puede hacerse o dejar de hacerse. Ya lo hemos dicho: tiene su correlativa apremiante de deber y, por lo mismo, de responsabilidad grave. Los padres que no educan a sus hijos han de responder de ello ante Dios y ante la sociedad. Y esta obligación es común a ambos, al padre y a la madre, a cada uno en su esfera de acción individual e insustituible, pero también solidaria y armónicamente; esto último, tanto como imperativo de conciencia como condición para la eficacia educativa: las melodías combinadas con sabiduría estética son las que producen la gran belleza de la armonía, expresión máxima del arte musical.

Cabe preguntar: ¿responden, en realidad, los padres ante la sociedad por la educación de sus hijos? O enunciado de otra manera más efectiva: ¿exige la sociedad a los padres el cumplimiento de este deber de educar a los hijos? Prescindamos de la madre que apenas ha cumplido con la naturaleza de dar a luz a la criatura, la entrega casi absolutamente en brazos de la nodriza y de la aya. Prescindamos de los padres que están deseando poder "meter" a sus niñitos en el parvulario y quedar libres para marchar, él, al club, y ella, a los "té-canastas"... Traigamos a colación el **problema capital**:

La Educación,

Me acojo al ofrecimiento de SIC (sept.-oct.)
y envío estas páginas a las tuyas.

HIJOS SIN PADRE

No somos muy afectos a las estadísticas. Por eso preguntamos: ¿Es verdad que en Venezuela tenemos un sesenta por ciento largo de hijos naturales, en su mayoría sin padre reconocido? ¿Es verdad que sólo en Caracas pululan trescientos mil niños abandonados por sus progenitores? Si esto es así —y así lo dicen las estadísticas—, entonces tenemos que hacer un alto, sin seguir adelante: ante este presupuesto, nos parece que perderíamos el tiempo en seguir hablando de educación. ¿O es que vamos a contemplar una selección y no la masa, una minoría y no el pueblo?... Hemos dado con una de las raíces del mal. Tenemos que empezar por sanear nuestra población en su origen. Porque, si no, como decíamos al principio: si aquél viene dañado...

En este momento me parece escuchar a un geniecillo que nos dice al oído: "¡Qué ingenuidad la tuya! ¿De qué árbol te has caído? No sueñes con poner remedio a esto. No es cosa fácil. ¿O es que tú no sabes que no son los pobres, solamente, los que dejan a sus hijos abandonados? Tú ignoras, por lo visto, que hay muchos de estos padres que son unos señorones muy respetados en sociedad, que aquietan su conciencia, como grandes bienhechores, metiendo a esos hijos en instituciones benéficas, con las cuales prefieren gastarse grandes cantidades antes que reconocer como hijos al fruto de sus vicios."

¿Y quién los va a reducir al cumplimiento de sus deberes? ¡Todos! Todos los Poderes Públicos, la ciudadanía entera, pues en bien de todos es solucionar el tremendo problema. Venga la ley o las leyes, y su cumplimiento estricto, caiga quien caiga. Ya va siendo hora. Tanto hablar de subdesarrollo... ¡Si el subdesarrollo empieza aquí! Riquezas naturales no faltan a Venezuela para la población que tiene. Lo que necesita son "hombres", hombres a cabalidad, de una pieza. Ya se ha dicho mil veces. Si nos fallan los primeros educadores, si no hay "padres" más que para engendrar, y no para educar, quiebra la educación en su base.

LOS MAESTROS

Después de los padres, el otro sujeto educacional son los maestros. En todas sus categorías, desde el instructor de párvulos hasta el catedrático universitario. Todos tienen la nobilísima misión de educar a las nuevas generaciones. Alto honor, pesada carga, tremenda responsabilidad. A Jesucristo le interpelaban los mismos fariseos con el apelativo de "Maestro". Y no parece que lo hicieran, normalmente, por escarnio. No hay después de "padre" otro título más venerado que el de "maestro": a Dios lo llamamos "Padre"; a Cristo-Dios-Hombre, "Maestro".

La primera condición inexcusable en el que se va a consagrar a educar —el maestro— es poseer una comprobada vocación para ello. Para toda actividad humana se necesita vocación, pero es tan cualificada la actividad educacional que exige una particularísima vocación. Quizá sólo una la aventaja: la de sacerdote; y éste, en gran parte, es toda su vida también un maestro. No se puede ir a una escuela o a una cátedra como se va a una oficina, a un despacho o a una fábrica. En consecuencia: no se debe dar una escuela o una cátedra al que no tiene auténtica vocación de educador. ¿Es esto otra vulgaridad? En la práctica parece que sí, porque se toma poco en cuenta. Ni siquiera el saber mucho es título suficiente para ser llevado a una cátedra, porque se puede **saber mucho y no saber ense-**

Ismael D'Oriam

empresa nacional

Plagio literalmente el epígrafe de su último editorial haciéndolo tema de mi trabajo.

ñar nada, ni menos saber educar; y educar es misión, inherente, inseparable, perpetua, en toda labor profesional.

¡Crisis educacional! Sí, pero la crisis es ¡de maestros!, ¡de educadores!, no de estudiantes por muy rebeldes, indisciplinados y perezosos que éstos sean. La disciplina, el orden, el amor y el hábito del estudio los crea el maestro, el maestro que sabe serlo. Aquel tan bello, por tan humano, principio: **contemplari et tradere aliis contemplata** es todo un código educacional; estudiar, sí; especular, sí; pero para hacer seguidamente a los demás partícipes del fruto de ese estudio y de esa especulación. El que no se encuentre dotado para hacer esa necesaria participación, que no se dedique, o no lo dediquen, a labores educacionales.

LA SOCIEDAD

Recordemos el título general de este artículo: "La educación, empresa nacional". Subrayamos este calificativo por lo mucho que dice a nuestro propósito. Si es "nacional" esta empresa de educar, es **misión de todos, obra de todos, de la sociedad entera**. La sociedad es también sujeto educacional. También puede y debe educarse la sociedad. Y de hecho lo hace.

La sociedad que se da buenas leyes y las cumple y las hace cumplir se autoeduca y a la vez educa a sus nuevas generaciones. Hay numerosos hechos, al parecer de mínima significación, que constituyen una elocuente y efectiva proyección de educativa social: la manera digna y limpia de hablar, sobre todo ante menores e incultos; la cortesía y delicadeza y hasta caridad en atender las necesidades de nuestros hermanos; el servir obsequiosa y cumplidamente una vulgar información que se nos pide; el cuidar de depositar los desperdicios en los recipientes puestos en la calle; el conducir nuestro vehículo de acuerdo a las reglas del tránsito; el no aparecer en público en indecoroso estado de ebriedad... Todas estas actuaciones de detalle y muchas más, cuando se generalizan, cuando se hacen norma y hábito de la colectividad, es la sociedad que actúa en funciones educadoras. Su efecto es la contribución a la felicidad común, es que llamen a esa colectividad "un pueblo educado". ¡Gran título! Y lo sea en bien propio y en el de sus promociones sucesivas.

3) OBJETO EDUCACIONAL

¿A quién hay que educar? Al hombre. A todo el hombre. Desde su comienzo vital. Ya lo decíamos arriba: el hombre es un compuesto de espíritu y materia, de cuerpo y alma; hay que educar ese doble elemento humano. Y de un modo proporcional y armónico: si educamos sólo el músculo, sacaremos un atleta embrutecido; si sólo el cerebro, un huracán insociable; si sólo el sentimiento, un hiperestésico enfermizo... Lo reiteramos: la educación ha de ser integral. Se dan padres —sobre todo entre los ricos— que, en vez de educar, **crian** a los hijos como si se tratase de un animal doméstico.

¿A qué edad debemos empezar a educar a los niños? Conocida es la respuesta categórica que dio Napoleón a esta pregunta: "Veinte años antes de nacer." Como si dijera: empecemos por educar a la madre, y así ésta se preocupará de educar a sus hijos desde que nazcan.

La libertad de conciencia, reconocida y respetada por el Concilio, se ha querido esgrimir por algunos como respaldo al viejo principio liberal de "respeto a la conciencia del niño". Esta verdad se ha prestado a una falsa interpretación. Por la

misma especiosa razón del respeto a la libertad infantil, no enseñemos ni acostumbremos a nuestro hijo a lavarse y bañarse todos los días: después será un hombre sucio y repugnante; no le hagamos conocer y amar a su patria: mañana será un apátrida descastado; no le inculquemos el conocimiento y el amor de Dios, y criaremos un topo ciego sin horizontes de verdadera luz... Gradual, total y progresiva, la educación a los hijos ha de administrarse desde su nacimiento.

No estamos escribiendo ni un índice siquiera de un manual pedagógico. Por eso no decimos nada de la educación de la inteligencia, de la memoria, de la voluntad, sobre todo de esta última, la facultad sin duda más difícil de educar en el niño.

4) DISCIPLINAS EDUCACIONALES

No podemos terminar sin decir algo de este tema, también espinoso, por mal comprendido y peor aplicado, según proclama la experiencia. ¿Qué disciplinas o materias deben someterse al estudio de la niñez y de la juventud para educarlas? Tendremos que recordar la anécdota de Diógenes. Un día el famoso cínico se fue al mercado de Atenas, puso una mesa y sobre ella un letrero que decía: "Aquí se vende sabiduría." Pasó un griego rico, llamó a uno de sus criados y dándole unas monedas le ordenó: "Anda, ve y dile a Diógenes que te venda tres sextercios de sabiduría." Obedeció el esclavo, se presentó ante el puesto del filósofo y le dijo: "Mi amo, que allá ves, quiere que le vendas tres sextercios de sabiduría." Diógenes tomó las monedas, se las embolsó y contestó al esclavo: "Dile a tu señor que **en todo lo que haga mire siempre al fin.**" Agradó tanto al griego rico la sentencia, que la mandó esculpir con letras de oro en la puerta de su casa.

FINALIDAD DE LA EDUCACION PRIMARIA Y SECUNDARIA

Es una: **la formación**. Estas etapas educacionales son, ante todo y sobre todo, formativas, o sea de desarrollo de las facultades del niño para capacitarlas a ulteriores disciplinas o estudios más serios y especializados. No sucede así por culpa de los programas y de la metodología pedagógica empleada en tales períodos educacionales. Y por eso nos encontramos que van los alumnos a la Universidad sin saber razonar: no tienen ni nociones de Lógica; incapaces de todo análisis, ni menos, síntesis, no les han educado el sentido de observación, del orden y de la medida; ignorando el concepto exacto de las voces, desconociendo lo que es redactar una cláusula correcta.

En cambio, llevan la cabecita juvenil atiborrada de datos y fechas y nombres que, después, no les van a servir para nada o casi nada. Es decir, que en vez de **formación** han recibido **información** indigesta e infecunda, y de contera, fastidiosa que torna aborrecible el estudio.

FINALIDAD DE LA UNIVERSIDAD

Es doble: inmediata y mediata. La inmediata, preparar al alumno para que rinda el provecho debido, según sus personales inclinaciones y facultades, a sí mismo, a su patria y a la sociedad entera. La mediata, abrirle un horizonte de seductoras posibilidades, de inquietudes y entusiasmos que lo empujen al cultivo de la ciencia pura, en cualquier campo, a arrancar secretos a la esfinge y con ello a contribuir al progreso insoslayable, acuciante, necesario, de la Humanidad. ¿Responden las disciplinas que se estudian y la metodología que se practica en nuestra Universidad a estas finalidades? Honestamente, creemos que no. De aquí la necesidad apremiante de una renovación a fondo.

No hemos apuntado siquiera el tema de los maestros privados, los controvertidos colegios que también necesitan algo más que una alusión... Y sólo hemos hecho ligeras referencias a la metodología educacional, o sea a los caminos por transitar, a los modos de llenar eficazmente esta ardua, sí, pero grande y hermosa e inaplazable tarea nacional de la Educación.